

MARBELLA

Capítulo I —

En el concurrido puerto de Plymouth, situado en el suroeste de Inglaterra, bajo un cielo gris de abril, los mástiles del *Providence* se alzaban como lanzas de guerra apuntando al firmamento. La brisa traía el olor de un mar encrespado. Corría la primera década del siglo XVIII

Rodrigo Solana, de veinte años apenas cumplidos, se despedía de Alicia, la mujer que amaba con el corazón dividido. Alicia sólo era la dueña de la mitad de su corazón. Pero la fuerza del destino era superior a sus propios deseos sentimentales. Era aventurero por naturaleza, igual que lo había sido su padre y su abuelo, y no había sogas ni grilletes que lo pudieran atar a tierra firme.

Rodrigo apenas cumplía 16 años de edad cuando dejó su casa con el pretexto de que quería conocer el mundo. Sus padres no fueron capaces de impedirlo, pues su mismo padre y abuelo, habían sido marineros de la flota española, y el abuelo acabó perdiendo la vida en una batalla de filibusteros, cuando Rodrigo tenía sólo 7 años, y ya soñaba con ser marinero. Con la ayuda de su padre Don Ramón, Rodrigo fue enrolado como grumete en el “Traviata”, un barco que comerciaba con la Nueva España, a través del inmenso Atlántico. Ese fue su primer viaje que duró ocho largos meses hasta su regreso a España. Conoció a Alicia y partió en su siguiente viaje dejándola a cambio de su promesa. Ella asintió, pero no sonrió. Su vestido azul ondeaba ausente, como bandera vencida, y sus ojos se llenaban de lágrimas, víctima de una premonición anunciada en murmullos inaudibles. Cuando regrese —dijo, tomando las manos de Alicia entre las suyas—, seré un hombre completo. Nos casaremos, como te lo he prometido. Cuatro o cinco meses, nada más, es todo lo que te pido. En esos momentos, el tiempo era la dimensión más difícil de pronosticar. Y eso lo sabía muy bien Rodrigo Solana, pero prefería ignorarlo.

—Te esperaré —respondió Alicia—. Pero no me hagas esperarte más de lo que puede un corazón solitario.

Rodrigo quiso decir algo más, pero el silbato del contramaestre cortó las palabras como cuchilla. Era hora de partir.

Dos años después de tempestades y atardeceres de fuego. Rodrigo ya era todo un marinero y fue contratado como tercer oficial en el *Providence* barco mercante de tres palos, robusto, con capacidad de cien toneladas, y velas ya manchadas por tempestades y borrascas de muchos años. Su bandera no mostraba ninguna filiación, era un trapo desgastado que parecía esconder más que representar. Rodrigo, sabía que ese barco navegaba tras sospechosos propósitos, oculto bajo la bandera de comerciante importador de los productos exóticos de los paises de Sudamérica. era sospechoso, sí, pero fue precisamente lo que encendió los ánimos de Rodrigo. Significaba aventuras y le prometieron dinero, mucho dinero, si es que lograban su cometido.

La nave zarpó sigilosamente, las sogas se tensaron y las velas se llenaron de un viento cálido, que lo impulsaba con fuerza en busca del horizonte. La proa del *Providence* cortaba las aguas azules y tranquilas, era la hora de la baja mar, y alcanzaba más de diez nudos en su avance.

A bordo, la realidad fue rápida y ruda.

El capitán, conocido solo como el “tuerto” Gorran, para la marinería, que se guardaban de no pronunciarlo en voz alta y sí con el respetuoso “Señor Capitán”, cuando le hablaban directamente Un

hombre de rostro anguloso, barba gris y voz de trueno que rasgaba los oídos. El rostro con una profunda cicatriz, ganada en un pleito de cantina que le había dejado tuerto del lado derecho. Su vocabulario era el de un carnicero borracho, y sus órdenes, disparos sin pólvora. Sin ningún repeto para cualquier subordinado, desde los contra maestres para abajo.

—¡Hey!... a mover el culo, hijos de... perra!! Que no es un viaje de placer. ¡Veamos si el imbecil que está tras el timón, sabe mantener el rumbo en setenta grados! O quiere que haga con sus tripas sogas para ahorcar RATAS,- era lo más decente que podía expresar para hacerse obedecer.

La mayoría de los marineros bajaban la cabeza y corrían a cumplir órdenes. Pero Rodrigo, no era un hombre que se doblegara tan fácilmente, estaba contratado como tercer oficial, y se enorgullecía de ello recorriendo la cubierta para revisar el orden de las operaciones.

—¡ Carajo! -- Una orden puede darse sin maldiciones — protestó Rodrigo por las altaneras ordenes, alzando la voz lo suficiente para que fuera oído por el capitán

-¿Quién rayos se atreve a criticarme?- Tronó como un rayo el capitán.

El silencio fue total. El viento pareció detenerse.

-Yo... ¿por qué?.- Dijo Rodrigo con mirada fija en el capitán y sacando el pecho envalentonado.

- ¡Te voy a enseñar por qué!- Hijo de mala madre. ¡¡Átenlo al palo mayor!!

Tres serviles marineros, lo llevaron hasta el palo mayor y lo dejaron firmemente atado

Gorran lo miró con ojos de animal viejo, y soltó una risa sarcástica.

—Doce latigazos. Para que aprendas a hablar con un capitán

Para recibir el castigo se llamó a cubierta a toda la tripulación. Para que sirviera de ejemplo.

Y la cuenta empezó... UNO... DOS...

Rodrigo no gritó por el dolor, No pidió clemencia. Cada golpe le marcó la espalda y sangraba, pero ninguno quebró su espíritu.

Desde entonces, los marineros lo miraron con una mezcla de respeto y camaradería, Era in oficial de bajo rango, pero sabía tratar a sus marineros.

El tiempo pasaba con su majestuosa monotonía. El mismo panorama de todos los días, el mismo deayer y el de mañana, rodeados por la inmensidad del océano y de un horizonte circundante, sin final ni principio. Un silencio profundo solo roto por el chirriar de las sogas y el flapeo de las velas en los cambios de viento. La cruzada con una tempestad era una variante divertida, aunque eso significara baños de agua fría y trabajo rudo hasta que los vientos huracanados agotaran sus intentos de desarbolar las naves, que a la mañana siguiente con el asomo del sol sobre el horizonte, recobraban su alegría para seguir surcando las aguas y dejar su huella en forma de estelas efímeras

Tres semanas después, todos se reunieron en cubierta, llamados por el capitán por una mala noticia. El segundo de a bordo fue hallado muerto. Su cuello, rebanado limpiamente por un cuchillo bien afilado, como los de los cocineros. aun sangraba. El capitán no ordenó ninguna investigación. Llamó a los cocineros como únicos sospechosos. No hubo investigación. Solo una orden: ¡TODOS A CUBIERTA! Sin más oraciones ni palabras de duelo, el cuerpo fue deslizado sobre una tabla con destino a los tiburones.

Ahí mismo el capitán llamó a los cocineros y les gritó en la cara a cada uno.

-¡¡ Uno de ustedes Hijos de perra, fue el que mató a mi oficial.!!

Los hombres permanecieron callados con la barbilla clavada en el pecho.

-¡¡El asesino, va a ser ahorcado ahora mismo!! - Un paso adelante el culpable!!

Los cuatro cocineros, dieron un paso hacia atrás. No había ningún confeso.

-¡¡Los cuatro a la horca!!.- bramó el capitán.

Los serviles se abalanzaron a detener a los cocineros y los ataron con las manos a la espalda.

-¡UN momento!- se escuchó el grito de alguien desde el puente de popa.

El capitán buscó con furibunda mirada al que habló.

Un marinero avanzaba con pasos firmes y las manos en los bolsillos.

-¡¡Yo sé quién lo mató!!.- dijo con voz firme y mirando directamente al capitán que empuñó su espada con mano temblorosa.

-Habla, si te atreves, desgraciado hijo de la gran... -Rugió al tiempo que desenvainaba el acero.

El hombre dio dos pasos atrás, levantando la mano para señalar al capitán.

La marinería rugió sorprendida. Y media docena de hombres cayó sobre el capitán, desarmándolo y esperando órdenes. ¿de quién? No había autoridad en esos momentos, Capitán y primer oficial, no existían ya. Rodrigo por orden natural era ascendido a Oficial Segundo se acercó al grupo disidente. Alzando la mano para pedir silencio.

-Ya me conocen todos. Yo podría haber matado al capitán en venganza por los azotes, pero... La justicia llega por sí sola. Pido a ustedes clemencia por este hombre que aún es el capitán y...

Los gritos de la marinería enardecida lo interrumpieron. Todos clamaban su muerte, la horca o el degüello carnicero. Rodrigo pidió silencio...

-¡¡ No somos asesinos!! Le vamos a degradar públicamente y que quede sentado en la bitácora.- dijo señalando al escribano. Y le daremos una oportunidad.

La marinería quedó expectante, ante las firmes palabras de Rodrigo.

-Lo pondremos en una balsa de madera, y lo dejaremos a la deriva abandonado a su suerte en el mar que es su mundo.

Gritos aprobatorios se mezclaron con los que insistían en su muerte inmediata.

Rodrigo ordenó al carpintero que preparara una balsa simple de tablas con remos y un mástil pequeño para una vela cangreja.. Así dio por concluida la reunión y se fue a su camarote. El “tuerto Gorran, fue enviado a lo más profundo de la sentina, atado de pies y manos, mientras llegaba la hora de enfrentar a su destino. Rodrigo sabía que era capaz de hacer lo que fuera necesario para recobrar su libertad..

Poco después las murmuraciones pasaban de boca en boca a los oídos ambiciosos por escuchar novedades sobre el caso.

El camarero del capitán dijo que cuando fue a llevar la cena al capitán, se encontró con que estaba jugando naipes con su primer oficial, que este tenía de su lado una buen cantidad de dinero ganado en la partida. Además de que el capitán ya estaba pasado de tragos, le pidió que trajera otra botella. La cena era un grueso pernil de cerdo al horno que al primer oficial le pareció muy duro y pidió que le llevara un buen cuchillo de la cocina.

Cuando el camarero recogió la mesa, escuchó que Gorran y el oficial discutían acaloradamente, acusándose mutuamente de hacer trampas en el juego. No quiso ser testigo de la discusión y salió intempestivamente olvidándose de llevarse el cuchillo. De ahí en adelante ya no sabía más, el

camarero, se retiró a dormir en su hamaca,

-

Al día siguiente con la campana anunciando el medio día, Rodrigo subió al puente de popa. Vestía su atuendo de tercer oficial para las ocasiones importantes. Llamó a la marinería haciendo sonar la campana con energía. Llamó a los oficiales y los hizo pararse a su lado.

-¡ Atención todos...! No tenemos capitán!. Y es necesario tenerlo, porque alguien tiene que hacerse responsable de esta nave. Rodrigo, con la espalda aún marcada por los doce latigazos y la sangre aún viva en su espíritu, Habló a la tripulación con voz firme y ademanes enérgicos.

-Tenemos aquí a los oficiales a los que les correspondería el cargo. Rodrigo volteó para dirigirse a los oficiales, y se encontró que los tres le daban el saludo respetuoso, lo que significaba que rechazaban la posición y le delegaban el cargo como nuevo Capitán.

La marinería ya simpatizaba con Rodrigo, por haberse enfrentado a Gorran, y por su carácter amable pero firme, además de su experiencia naviera que había demostrado desde que zarparon en Plymouth.

Y lanzó tres hurras

-¡¡¡ Bi... Bip... HURRAHHH!!, dando su apoyo al nuevo Capitán.

Rodrigo aceptó. Pero en su interior comenzó a germinar un presentimiento amargo. Ya había descubierto ciertos detalles de que no iba solo por comerciar con especias ni seda. Iba a la caza de algo más oscuro, que sólo el ex capitán Gorran lo sabía.

Y Rodrigo Solana, sin saberlo aún, había comenzado su verdadera travesía.